

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
MERLÍN



minotauro

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
2
MERLÍN

minotauro

Ciclo Pendragon n.º 02/06 Merlín

MERLÍN: #2 PENDRAGON CYCLE

© 1988 by Stephen Lawhead

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Revisado por: El Taller del Llibre

ISBN: 978-84-450-1891-0

Depósito legal: B. 13.924-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Han pasado muchos años desde que desperté en este mundo. Demasiado tiempo de oscuridad y muerte, de enfermedad, de sufrimiento, de guerras, y de una infinita maldad. No obstante, la vida había sido resplandeciente en una ocasión; brillaba como un amanecer sobre el mar o el fulgor de la luna sobre el agua y refulgía como el fuego de la chimenea o como el rojizo *torc* de oro que mi abuelo Elphin llevaba alrededor del cuello. Te aseguro que era radiante y estaba llena de cosas buenas.

Ya sé que el recuerdo que todo hombre guarda de sus primeros años luce con un aura dorada, pero, pese a todo esto, mi infancia no es menos real ni menos auténtica.

Merlín..., un nombre curioso. Quizá. No hay duda de que mi padre hubiera escogido un nombre diferente para su hijo; pero a mi madre se le puede perdonar ese pequeño capricho. Merlín, o Myrddin entre las gentes de mi padre, se ajusta a mi persona. Sin embargo, todo hombre posee dos nombres: el que le dan y el que consigue por sus acciones.

Emrys es el nombre que he ganado entre los hombres, y siento que me pertenece.

Emrys: Inmortal, Divino; Emrys Wledig, rey y profeta para su pueblo. Los que hablan en latín me llaman Ambrosius, y los habitantes del sur del país y de Logres, Embries.

Pero para los *cymry* de los territorios del oeste rodeados de colinas soy Myrddin Emrys, y como mi padre convivió con esta raza me parece también la mía, y, aunque mi madre me enseñó hace mucho tiempo el falso fundamento de tal creencia, me conforta esa idea; de la misma forma en que supongo que mi padre debió de ampararse en ella en sus horas de duda.

Al existir tanta maldad en el mundo, también existe una gran des-

confianza, pese a que, desgraciadamente, ésta no es la única servidora del Adversario, puesto que sus súbditos son numerosos.

«Bien, bien, sigue con tu relato, Cascarrabias. ¿Qué tesoros de tu saqueado almacén extenderás ahora ante nosotros?».

Tomo mi bastón, atizo los rescoldos, y veo de nuevo las imágenes de mis primeros recuerdos: Ynys Avallach. La Isla de Avallach constituía el reino de mi abuelo Avallach, el Rey Pescador, y el primer hogar que conocí. En las relucientes salas de su palacio ensayé mis primeros y tambaleantes pasos.

Mira, aquí están los bosquecillos de manzanos con sus flores blancas, los pantanos de sal y el lago de aguas claras como un espejo a los pies de la elevada Torre, el santuario encalado de la colina cercana. Y ahí se halla el Rey Pescador en persona: moreno y severo como una tormenta de verano. Tendido en su jergón de seda roja, Avallach resulta una figura pavorosa para una criatura de tres años, pese a ser todo lo bondadoso que le permitía el corazón que latía en su interior.

Y aquí está mi madre, Charis, alta y esbelta, con un porte tan regio que ridiculiza a todas las impostoras; su gracia sobrepasa a la simple belleza. Dorada Hija de Lleu-Sol, Dama del Lago, Señora de Avalon, Reina de las Hadas —sus apelativos y títulos, como los míos, proliferan a medida que el tiempo transcurre—, los hombres la llaman con ésos y muchos nombres más, y no se equivocan.

Yo era, lo sabía, el único tesoro en la vida de mi madre; ella jamás se molestó en ocultarlo. El buen Dafyd, el sacerdote, me enseñó que yo era el hijo amado del Dios Vivo; sus relatos sobre el Hijo de Dios, Jesús, despertaron en mi alma un temprano anhelo por el paraíso, de la misma forma en que Hafgan, el Gran Druida, sabio y fiel, servidor leal a su manera, me mostró el sabor del conocimiento y despertó en mí una avidez que nunca ha quedado satisfecha por completo.

La miseria del mundo me era desconocida, así como el miedo o el peligro. Los días de mi infancia se rodearon de paz y de abundancia. En Ynys Avallach el tiempo y los acontecimientos se mantenían alejados; las noticias de los disturbios nos llegaban únicamente como un apagado murmullo distante, débil como los lamentos de los *bhean sidhe*, los Hombrecillos Oscuros, el Pueblo de las Colinas, en los círculos de piedra de las remotas cumbres, lejanas como el rugido de las tormentas invernales al coronar la poderosa Yr Widdfa en el rocoso norte.

Debo aludir necesariamente a los disturbios que existían, pero en los soleados y dulces días de mis primeros recuerdos vivíamos como dioses de épocas pasadas: extraños e indiferentes a las disputas de los seres de menor categoría que nos rodeaban. Éramos el Pueblo de los Seres Fan-

tásticos, seres encantados provenientes de las Tierras Occidentales que habitaban en la Isla de Cristal. Aquéllos que compartían nuestro mundo acuático de pantanos y lagos sentían por nosotros una gran estima a la vez que un respetuoso temor.

Esta consideración hacia nosotros tenía su utilidad: servía para mantener a los forasteros a una distancia prudente. No éramos fuertes en el sentido habitual en que los hombres respetan esta cualidad, por esta razón la urdimbre de historias que creció a nuestro alrededor nos resultó más provechosa que el terror a las armas.

Si a ti, que habitas en la era de la razón y el poder, te parece poco convincente e ineficaz, te aseguro lo contrario. En esa época las vidas de los hombres estaban ceñidas por creencias tan antiguas como el miedo, las cuales no era posible alterarlas con facilidad, y mucho menos abandonarlas con ligereza.

¡Ah, pero fíjate! Aquí está Avallach de pie ante mí una mañana salpicada de rocío; su mano, como era habitual en él, apretaba su costado, aunque sonreía por entre su negra barba, como hacía siempre que me veía, mientras decía:

—Ven, pequeño Halcón. Los peces nos llaman; se sienten desdichados. Tomemos el bote y probemos si podemos liberar a unos cuantos de sus penas.

Con las manos entrelazadas descendemos por el sendero en dirección al lago, para pescar: Avallach remaré y el pequeño Merlín agarrará fuertemente la borda con sus diminutas manos. El rey canta, ríe, me cuenta tristes historias de la desaparecida Atlántida y yo le escucho con la atención que sólo puede prestar un niño con todo el corazón.

El sol se eleva en lo alto por encima del lago, yo vuelvo la cabeza hacia la orilla llena de juncos y descubro a mi madre que me espera. Cuando la miro, ella agita la mano y nos hace señas para que nos acerquemos; Avallach hace virar el bote y rema a su encuentro; juntos regresamos al palacio. Aunque jamás habla de ello, sé que mi madre se inquieta cuando permanezco lejos de su vista durante demasiado tiempo.

Entonces no sabía el motivo, ahora sí.

La vida constituye para un niño de tres años un vertiginoso remolino de placeres que gira en medio de un universo demasiado rico para comprenderlo o experimentarlo de otra forma que no sea a través de frenéticos fragmentos —aunque tengo el convencimiento de que toda experiencia nos viene dada de esa forma—, una profusión inimaginable de maravillas expuestas que deben arrebatarse de inmediato. Aunque yo no era más que un pequeño recipiente, me sumergía por completo y profundamente en el desenfrenado torrente de sensaciones, y, al térmi-

no de cada día, me derrumbaba borracho de vida y con el cuerpo exhausto.

Aunque Ynys Avallach resumía todo el mundo que yo conocía, era dueño y señor de él. No existía ningún escondrijo, por pequeño que fuera, ni rincón olvidado que yo ignorase; me había apropiado de todo: establos, cocinas, la sala de audiencias, alcobas, galerías, pórticos y jardines; me paseaba por donde me apetecía, y, si hubiera sido rey, no habría disfrutado de más autoridad, ya que cada uno de mis caprichos infantiles era cumplido con inconsciente deferencia por aquellos que me rodeaban.

De esta forma, muy pronto apprehendí la esencia y la utilidad del poder. ¡Sabes bien, Luz Omnipotente, que jamás lo he buscado para mí! El poder me fue ofrecido y lo tomé. ¿Qué hay de malo en ello?

No obstante, en aquellos días, la autoridad se ejercía de forma diferente. El bien y el mal estaban representados por lo que los hombres concebían en sus mentes y albergaban en sus corazones. Algunas veces sus ideas eran acertadas, pero las más de las veces erraban. No existían jueces en el país, ni hombres que pudieran extender la mano y decir:

—¿Veis? ¡Esto es justo!

La justicia brotaba del acero que empuñaba un rey.

Conviene que lo recuerdes.

Estas ideas sobre la ley y el derecho surgieron con posterioridad. Primero había que vivir y erigir los cimientos que conformaran al hombre.

En aquellos días, la Isla de los Poderosos se hallaba sumida en un torbellino de confusiones; aunque esta situación resulta bastante común en la actualidad, no era corriente entonces. Los reyes y los príncipes competían por obtener rango y poder. ¿He dicho reyes? En un campo de batalla había más reyes que ovejas y más príncipes que cuervos, más hombrecillos ambiciosos que salmones en plena temporada. Cada príncipe, jefe, rey u oficial arribista poseedor de un título romano intentaba arrebatar lo que fuera posible a las babeantes fauces de la Noche que se avecinaba; lo almacenaban con la ilusión de que, cuando las Tinieblas llegaran finalmente, podrían acurrucarse en sus madrigueras y refocilarse, mientras se pavonearían y se atracarían con su buena fortuna.

Mas, por el contrario, ¿cuántos no se ahogaron en ella?

Realmente, eran tiempos caóticos y, en ellos, el espíritu podía quedar tan trastornado como la mente y el corazón. El recuerdo central de mis primeros años de vida consiste en el profundo amor y paz que me rodeaban. Ya sabía, incluso entonces, que esta circunstancia era algo ex-

traordinario, pero los niños aceptan lo excepcional con la misma facilidad con que asumen la monotonía de lo vulgar.

¿Era consciente de lo que me distinguía de los otros hombres? ¿Sabía que yo era diferente? En mi memoria destaca un incidente de esos días tan lejanos. En una ocasión, durante mis lecciones diarias con Blaise, mi tutor y amigo, se me ocurrió preguntar:

—Blaise —dije—, ¿por qué es tan viejo Hafgan?

Estábamos sentados en el bosquecillo de manzanos, bajo la Torre, y contemplábamos cómo las nubes se escabullían hacia el oeste. Creo que yo no tendría entonces más de cinco veranos.

—¿Lo consideras viejo?

—Tiene que serlo para saber tanto.

—Oh, sí, Hafgan ha vivido mucho tiempo y ha visto mucho. Es muy sabio.

—Yo quiero ser sabio algún día.

—¿Por qué? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Para saber cosas —respondí—, para conocerlo todo.

—Y cuando lo consiguieras, ¿qué harías?

—Me convertiría en rey y se lo contaría a todo el mundo.

Sí, rey; ya entonces estaba en mi mente que yo sería un rey. Supongo que nadie me lo había mencionado jamás con anterioridad, pero ya presentía los derroteros que seguiría mi juventud.

Aún puedo escuchar la respuesta de Blaise, con la misma claridad que si me la diera en este momento.

—Verdaderamente, ser rey es algo muy importante, Halcón. Pero existe un tipo de autoridad ante la que incluso los reyes deben inclinarse. Cuando lo descubras, tanto si luces un *torc* como si llevas los harapos de un mendigo, tu nombre quedará grabado para siempre en las mentes de los hombres.

Por supuesto, en aquellos momentos no comprendí lo que me decía; sin embargo, no lo olvidé.

La cuestión de la edad se hallaba aún fresca en mi mente cuando, al día siguiente, el abuelo Elphin realizó una de sus frecuentes visitas. Todavía los viajeros no habían acabado de desmontar y de saludar, que yo ya me dirigía muy resuelto hasta donde se encontraba el Gran Druida, quien, como siempre, acompañaba a Lord Elphin. Le tiré de la túnica e inquirí:

—Dime cuántos años tienes, Hafgan.

—¿Cuántos años crees que tengo, Myrddin Bach?

Me parece estar viendo sus ojos grises como el humo reluciendo de alegría, a pesar de que muy raras veces sonreía.

—Tantos como el roble de la Colina del Santuario —declaré con aire de importancia.

Entonces se echó a reír, y los otros dejaron de hablar para mirarnos. Él me tomó de la mano y nos alejamos un poco.

—No —explicó—, no soy tan viejo como supones, pero, según las estimaciones de los hombres, soy viejo. Sin embargo, ¿por qué te importa? Tú vivirás hasta alcanzar la edad de cualquier roble de la Isla de los Poderosos, si es que no la sobrepasas. —Me sujetó la mano con fuerza—. A ti se te han otorgado valiosos dones —siguió con voz seria—, y, por lo que Dafyd me cuenta de su libro, se te pedirá mucho.

—¿De verdad llegaré a ser tan viejo como un roble?

Hafgan elevó los hombros y sacudió la cabeza.

—¿Quién sabe, pequeño?

La discreción de Hafgan queda reflejada por la circunstancia de que, aunque sabía quién era yo, jamás me abrumó con esa información o las esperanzas que, con toda seguridad, la acompañaban. Ya contaba con una amplia experiencia acerca del otro trato con personas especiales: imagino que mi padre le enseñaría mucho sobre cómo educar a un prodigio. ¡Oh, Hafgan, si pudieras verme ahora!

Después de esa visita, aunque no recuerdo que fuera en absoluto peculiar, empecé a viajar lejos de casa; visité las Tierras del Verano de forma regular, y, en consecuencia, mi visión del mundo se fue ampliando. Las llamábamos con este nombre porque así era como mi padre, Taliesin, había descrito la tierra que Avallach había dado a nuestra gente.

El abuelo Elphin y la abuela Rhonwyn se sentían siempre felices de verme y se dedicaban en cuerpo y alma a malcriarme durante mis estancias, deshaciendo los meses de arduo trabajo de mi madre. Charis nunca se quejaba, jamás hizo la menor insinuación sobre lo que pensaba de su indulgencia; todo lo contrario, les dejaba que me cuidasen a su manera. Sus atenciones terminaron por incluir lecciones sobre el manejo de las armas, de las que se hizo cargo el jefe guerrero de Lord Elphin, un hombre pequeño y fornido llamado Cuall; éste se ocupaba con suma aplicación de mí y de otros muchachos, a pesar de que tenía un pequeño ejército al que también debía adiestrar.

Cuall fabricó mi primera espada con madera de fresno, así como mi primera lanza. La espada era delgada y ligera, y no más larga que mi brazo, pero para mí representaba un arma invencible. Con ella me enseñó a dar mandobles, a detenerlos, y a propinar golpes rápidos del revés; también me aleccionó a arrojar la lanza con puntería con ambas manos y en equilibrio sobre cada uno de los pies, a montar a caballo y a

guiarlo con las rodillas, y a utilizar al indefenso animal como escudo si me veía en esa necesidad.

Al cumplir los seis años pasé todo el verano con el abuelo Elphin. Cuall y Hafgan casi peleaban por mi compañía. Mi tiempo se repartía entre uno y otro, y apenas vi a nadie más durante ese período. Mi madre vino y se quedó unos pocos días; en cierta forma, me entristeció verla, ya que pensé que se me llevaría con ella de regreso a casa, pero sólo quería comprobar cómo me adaptaba al nuevo ambiente.

Una vez convencida de que mi estancia era justa y necesaria, decisión que la insistencia de Hafgan y Cuall apoyaban, regresó a Ynys Avallach y yo permanecí en Caer Cam. Esta pauta de distribución del año iba a repetirse durante cierto tiempo: el invierno transcurría en Ynys Avallach con Dafyd y Blaise, y el verano, en Caer Cam con Elphin y Cuall.

El *caer* de Lord Elphin constituía un mundo totalmente distinto del palacio de Avallach: uno suponía el frío compendio del refinamiento intelectual y la elegancia del Otro Mundo; el otro, la realidad mundana de la piedra, el sudor y el acero.

—Inteligencia y coraje —lo expresó Cuall un día de forma muy acertada.

—¿Señor?

—Inteligencia y coraje, chico —repitió—, ésas son tus características, y lo que todo guerrero necesita.

—¿Seré un guerrero?

—Si ha de depender de mí, desde luego —afirmó, apoyando sus gruesos antebrazos en el pomo de su larga espada—. Ah, eres como el mismo Lleu: rápido como el agua y de pies ligeros como un gato; ya ahora pones a prueba mis habilidades. Todo lo que necesitas es algo de músculo sobre los huesos, muchacho, y, por tu aspecto, eso llegará con el tiempo.

Su declaración me llenó de satisfacción, puesto que comprendí que tenía razón: mis movimientos resultaban más veloces que los de los otros muchachos, salía victorioso de enfrentamientos con muchachos que me doblaban la edad, y podía vérmelas con tranquilidad con dos de mi propio tamaño. La facilidad con que mi cuerpo realizaba todo lo que le pedía, y que para algunos era algo extraordinario, para mí suponía una total naturalidad. Descubrir que no todo el mundo podía conjugar mente y cuerpo con tanta habilidad constituía una novedad para mí, y, aunque me avergüenza admitirlo, exhibía mis proezas con insufrible vanidad.

La humildad, si llega algún día, la mayoría de las veces retrasa su aparición.

Así, muy pronto adquiriré dos certezas: que viviría mucho tiempo, y que sería un rey-guerrero. En cuanto al Manto de Autoridad del que había hablado Blaise, quizá esa certeza la aprendería más adelante; no vi ningún motivo para esforzarme por conseguirlo, de modo que no pensé más acerca de ello.

Lo que sí deseaba desesperadamente era convertirme en un guerrero. Si hubiera tenido la menor sospecha de lo mucho que inquietaba aquella aspiración a mi madre, habría refrenado mi entusiasmo de alguna forma, al menos en su presencia. Sin embargo, aquel anhelo que me cegaba y me llevaba a comportamientos estúpidos centraba todas mis conversaciones.

Nadie trabajaba más duro, ni disfrutaba de su trabajo más que yo. El primero en despertarse de los que dormían en la casa de los muchachos era yo, y ya en el patio, antes de la salida del sol, practicaba con la espada, montaba, arrojaba la lanza, o aprendía el uso del escudo, o a luchar cuerpo a cuerpo; me dedicaba a todas aquellas actividades con el ardor de un fanático. El verano transcurrió como una ardiente llamarada de pasión juvenil y recé para que durara eternamente.

Sin embargo, al finalizar el período estival, regresé a Ynys Avallach con Blaise y una escolta de guerreros. Recuerdo haber cabalgado durante unos soleados días de otoño, y haber pasado junto a campos que maduraban ya para la cosecha y poblados pequeños y prósperos donde se nos daba una bienvenida afable y se nos alimentaba.

Mi madre rebosaba de contento por volverme a tener en casa al fin, pero yo percibí también una cierta tristeza en ella. Observé que sus ojos seguían todos mis movimientos y se quedaba contemplando mi rostro. ¿Había yo cambiado de alguna forma durante aquellos pocos meses pasados en Caer Cam?

—¡Creces tan deprisa, mi pequeño Halcón! —exclamó—. Pronto abandonarás el nido.

—Jamás me iré de aquí. ¿Adónde iría? —pregunté, genuinamente perplejo. La idea de marchar, nunca se me había ocurrido.

Charis se encogió de hombros ligeramente.

—Oh, ya encontrarás un lugar en alguna parte y lo convertirás en tu hogar. Debes hacerlo si has de ser el Señor del Verano.

Aquella idea ocupaba su mente.

—¿No es un lugar real, madre?

Ella sonrió con cierta tristeza y sacudió la cabeza.

—No lo es aún. En tus manos está, mi cielo, la creación del Reino del Verano.

—Yo pensaba que las Tierras del Verano...

—No —sacudió la cabeza de nuevo; la aflicción había desaparecido y en sus ojos empezaba a brillar la luz de la visión—. Las Tierras del Verano no son el Reino, aunque tu padre podría haber querido que así fuese. El Reino del Verano se implantará donde resida el Señor del Verano. Sólo espera que tú lo reclames, Halcón.

Hablamos sobre este Reino, pero nuestra conversación de entonces fue diferente: ya no era un relato como el que una madre podía contar a su hijo; había cambiado. Desde aquel momento empecé a pensar en él como en algo que existía de alguna forma y que sólo aguardaba que se le llamara a la vida. Por primera vez comprendí que mi destino, como el de mi padre, estaba entretejido a la visión de aquella tierra dorada.

Aquel otoño reanudé mis estudios con Dafyd, el sacerdote del santuario. Leía sus libros sagrados, a pesar de lo remendados y descoloridos que estaban, y discutíamos las lecturas. Al mismo tiempo continué mis lecciones con Blaise, quien me instruía en las artes de los druidas. No podía concebir el abandonar cualquiera de las dos dedicaciones y en los años que siguieron me entregué en mente y alma a tales tareas, de la misma forma en que me entregaba en corazón y cuerpo a las armas cada verano en Caer Cam.

Confieso que no resultaba fácil; a menudo me sentía impelido en todas direcciones, pese a los intentos de mis diferentes tutores de asegurarse de que no ocurriera así. Jamás un muchacho tuvo maestros más dedicados. No obstante, supongo que es inevitable, cuando se desea algo con tanta intensidad. Mis mentores eran conscientes de mi malestar y se les contagiaba.

—No necesitas forzarte tanto, Myrddin —me dijo Blaise una fea y lluviosa tarde de invierno Árboles—. Ya sabes que existen otras cosas además de ser un bardo. Mira a tu alrededor, no todo el mundo lo es.

—Mi padre, Taliesin, era un bardo. Hafgan dice que fue el bardo más grande que jamás haya existido.

—Eso cree.

—¿Tú no eres de su parecer?

Él se echó a reír.

—¿Quién discreparía con el Gran Druida?

—No has contestado a mi pregunta, Blaise.

—Muy bien... —Hizo una pausa y reflexionó largo tiempo antes de contestar—: Sí, tu padre fue el bardo más grande de entre nosotros y, aún más, era mi hermano y amigo. Pero —levantó un dedo admonitorio— Taliesin era... —De nuevo se produjo una dilatada pausa, y elevó ligeramente los hombros al tiempo que esquivaba pronunciar lo que

estaba en su mente—. Sin embargo, no todos pueden poseer sus características o emular lo que él hizo.

—Seré un bardo. Trabajaré más duro, Blaise. Lo prometo.

Él meneó la cabeza y suspiró.

—No es una cuestión de trabajar más duro, Halcón.

—¿Qué quieres que haga? —gimoteé—. Dímelo. Sus oscuros ojos estaban llenos de comprensión; intentaba ayudarme de la mejor forma que sabía.

—Tus dones son diferentes, Merlín. No puedes ser tu padre.

Si bien sus palabras no tuvieron un efecto sobre mí en ese momento, volverían a mí en muchas ocasiones.

—Seré un bardo, Blaise.

Soy Merlín, y soy inmortal. ¿Una peculiaridad con la que nací? ¿Un don de mi madre? ¿El legado de mi padre? Desconozco el motivo, pero siento su certeza. También ignoro el origen de las palabras que llenan mi cabeza y brotan de mis labios como chispas de fuego para caer sobre la yesca de los corazones de los hombres.

Las palabras, las imágenes: lo que es, lo que fue, y lo que será... Sólo necesito contemplar a mi alrededor: un cuenco de negra agua de roble, las relucientes ascuas de un fuego, el humo, las nubes, los mismos rostros de los hombres; no tengo más que mirar y las brumas se disuelven para permitirme penetrar un poco en los dispersos senderos del tiempo.

¿Hubo alguna vez una época como ésta?

¡Jamás! Y en ello radican su gloria y su terror. Si los hombres supieran lo que se alza ante ellos, y que se expone incluso al alcance de los más humildes, se acobardarían, perderían el sentido, se cubrirían las cabezas y se taparían la boca con los mantos para no gritar. La inconsciencia constituye una bendición y una maldición a la vez para ellos. Pero yo sí poseo ese conocimiento; yo, Merlín, siempre lo he sabido.